

“EL PASTOR Y EL PRINCIPE”

Hubo una vez un príncipe que, de viaje por las Ínsulas de Canarias, quiso conocer algunas de las intimidades de los que en el futuro les rendirían pleitesía y vasallaje. Y, como candidato a la corona, requirió en su corte móvil y viajera la presencia de alguien que fuera un ejemplo representativo de las gentes del lugar.

A condes y terratenientes ya conocía, a gente poderosa y de grandes dineros también. Y no siendo éstos quienes pusieran de manifiesto las particularidades de los vecinos de la comarca, la mayoría aparceros y gente humilde, a alguien se le ocurrió que fuese un pastor quien los significara.

Entonces acudió Miguelito Mayor a la cita. Pastor originario de las cumbres de Gran Canaria llevaba muchos años asentado por tierras del sureste, tierras que conocía bien ya que las continuas “mudás” de ganado le había hecho correr detrás de las cabras y ovejas por esta geografía sureña.

La corte se engalanó para la ocasión. Una gran bandera roja y gualda, con su enorme escudo bordado de yugo y flechas, presidía la ceremonia. Miguelito, a pesar del calor de aquel día, se enfundó su chaqueta de lana, la que muchas veces la había resguardado del frío allá en Los Cascajales, se colgó del hombro su batijero y, empuñando su garrote, se dirigió hacia la comitiva.

El príncipe sin corona. El pastor con sombrero. Ambos se dieron la mano.



Este encuentro sucedió en marzo de 1973, en el Cruce de Sardina, municipio de Santa Lucía de Tirajana. Desconozco lo que entre ellos hablaron como así mismo desconocía el príncipe que el pastor, siendo poeta, escondía bajo su sombrero los siguientes versos:

Yo nací en una cabaña
en una alta cumbre
de una angosta atalaya.
La risa me da compañía
y el divino sol me alumbra.

Siempre en la antigua costumbre
que anuncia la primavera
es la cumbre medianera
y con los vecinos comparte
pues comparte los barrancos.

Linda para todas partes
y hasta las costas remedia
organizando sus cenas
donde sus partes descienden.

Y cuando viene a noviembre
con las señas del verano
y suplica aquí un anciano:
“el que tiene pan, que siembre”.

Cuando el invierno es temprano
y las nubes se destienden,
si el labrador se defiende
llena sus cuevas de grano.

Si el señor pone su mano,
la cumbre tiene la palma,
y todas sus medianías
surten las panaderías
con sus leñas de retama.

Si es de la tierra hermana
la provincia medianera,
el valle de la Caldera
es una belleza Canaria.
Sus laderas y montañas
las puede mirar cualquiera.

Es la cumbre la primera
que anuncia buenos principios
y a todos sus municipios
anuncia la primavera.

Cuando las lluvias primeras
todas me parecen pocas,
cuando un temporal revoca,
aparte de sus llanadas,
también tiene sus cañadas
que conducen a la costa.

Siempre que en la cumbre llueva
y los tiempos se acumulan,
la costa tiene una dula
que sus barrancos le llevan.

Y cuando en la cumbre nieva
y las nubes se presentan,
para evitar la tormenta
se refugian en sus cuevas.

Los pájaros se apoderan
cuando se pudre la espiga,
y la cotejan en campiñas
y las ponen en eras.

Los días van “parriba”
huyendo de la mundicia,
los pájaros están tristes
porque escampa la primavera.

El labrador considera
sus frutos y cereales,
embalados y costales
los refugian en sus cuevas

En el verano que queda,
como la experiencia enseña
y el remedio está en su mano,
los viejos, en el verano,
llenan sus cuevas de leña.

Y cuando la noche enseña
improvisan su candela
para tostar sus castañas
con los troncos de retamas.

Para tostar sus castañas
porque tienen sus cazuelas.
Se ponen su camisuela
para pasar el invierno.

Y comida no falta,
comiendo leche de oveja,
leche de oveja y de vaca,
con gofrito de centeno.
Siempre tiene el zurrón lleno
y su gabeta de madera.

El no la raspa siquiera,
nunca se moja las manos
hasta que venga el verano
porque dice que hiela.

Siempre duermen con cautela
estos viejos subnormales
porque tienen sus nogales
apartados de su vista.

Los que tienen sus nogales
no pueden quedarse dormidos,
los que pasan por aquí
todos tienen sus morrales.

Otro viejo majadero
tiene sus castañeros
apartados de su vista.
Nunca falta la vista
si el erizo cae al suelo.

Ya pasan los carboneros
con un tiempo atormentado
y sus burritos cargados
con el carbón para el pueblo.

Cuando se cambió el modelo
ya no molestaba el humo,
ya no aguantan el consumo
o no se les cae el pelo.

Con este nuevo modelo
todos quieren ser turistas,
y aunque vengan en revistas
son nietos de sus abuelos.

Yo cuento con desconsuelo
los cambios que he conocido
y con esto me despido
contando tiempos normales:

“la eternidad siempre vale”
y perdone si he ofendido.



Hoy, treintaisiete años después de aquel encuentro, el príncipe hace mucho que consiguió su corona y es rey de su país. En cambio, los nietos y bisnietos de Miguelito Mayor siguen guardando cabras. Tienen muy claro que las coronas, por mucho que las intentes ordeñar, no dan leche.

...desde el sureste, un abrazo.

Eduardo González.

Archivo gráfico y sonoro: Asociación Deportivo-Cultural “Escuela de Garrote La Revoliá”